

en la sala leyendo ó platicando, y Jacinta, advertida de que alguien la buscaba, saldría á la escalera, poco transitada á esa hora. El mismo Redondo la haría salir, y conversaría con el viejo en tanto que yo hablaba con su hija.

Pero ¡cuidado con quedarse cortol No, señor; atreverse y más atreverse, y Jacinta no resistiría mucho tiempo.

Todo el resto de la tarde y el principio de la noche, hasta las nueve, Pedro me repitió esas ó parecidas palabras; y yo prometía ser audaz, grosero, y volvía á prometerlo y lo juraba con enérgicas expresiones.

El ardor de la embriaguez se disipaba, dando lugar al abatimiento que le sucede, lleno de desgana, de malestar y pereza; pero la entereza de mi determinación no flaqueaba, antes bien parecía hacerse mayor y más estable en la voluntad razonada, y libre de las alucinaciones de la embriaguez, á medida que volvía á la realidad y que iba despertando en mí vagamente el recuerdo de mis penas presentes y de mis tristezas futuras.

Nos encaminamos al fin al Puente de Monzón; y yo sentí, al entrar en la calle que no había vuelto á pisar desde mi fuga, una leve impresión como de miedo ó terror, que se hizo más fuerte al traspasar el umbral de la casa de Barbadillo.

—Mucho cuidado con Joaquín, me dijo Redondo; porque á ese muchacho se lo come la envidia.

Quando faltaban dos escalones para acabar de subir, me detuve instintivamente.

—Sí, dijo Pedro; quédese Ud. aquí, que no ha de tardar.

Pasó un momento, durante el cual, apoyado en el pasamano, sentía yo crecer el afán de ver á Jacinta, como si un amor irresistible me hubiera arrastrado á buscarla. Latíame el corazón con fuerza, y la conciencia cada vez más clara de mi infortunio y mi abandono en la vida, acrecentaba mi deseo de lances, de impresiones y de vicios.

De repente la puerta del corredor se abrió. Jacinta se lanzó á la escalera que yo no tuve tiempo de acabar de subir, y deteniéndose en el primer peldaño, echó sobre mi hom-

bro todo su cuerpo balbuceando no se qué palabras sin articulación. Cimbró hácia atrás mi cuerpo al peso del que cayó sobre mí; rodó mi sombrero por la escalera abajo, y Jacinta, asiéndome de los cabellos con ambas manos, me sacudió furiosamente la cabeza. Y yo, agarrando con fuerza el pasamano con la izquierda, rodeaba y estrechaba el redondo cuerpo con el brazo derecho, apretándolo conmigo.

Hubo un momento así de efusión viva y brutal, en que yo callaba, mientras Jacinta seguía balbuceando palabras que me parecían injurias, entrecortadas por su respiración jadeante y ruidosa.

—¡Canalla! fué lo primero que pudo articular.

—Ya ves que te busco, dije yo en voz baja, trabajosamente.

—No tienes vergüenza, añadió Jacinta. Miráme; quiero verte bien.

Y alzándome la cara por la barba, tomóla entre sus dos manos y clavó en mis ojos su mirada, reflejándose en sus pupilas

la luz que á mis espaldas alumbraba la escalera.

—¡No tienes vergüenza! repitió con voz que parecía llena de ira.

Y asiéndome otra vez por los cabellos, volvió á sacudir mi cabeza con furor, como poseída de un amor rabioso é infernal.

—¿Por qué me dejaste? me preguntó después, encarándose conmigo. Pues qué ¿valgo yo menos que esa?

Hincó sus dedos en mi nuca con terrible fuerza y repitió con voz más sofocada.

—¿Valgo menos, canalla, ó crees que hay quien te quiera más que yo?

—Tú vales más que nadie, contesté enloquecido por el amor extraño que aquella mujer encendía en mi alma.

—¿Pues por qué me dejas?

—Vengo á buscarte ahora. Pero tú has exigido de mí que me case, y yo no quiero casarme contigo ni con nadie.

—¿Y qué me importa? dijo ella arrastrada por su exaltación.

—Quiero que me quieras sin condiciones.

—¡Así te quiero!

—Que no me exijas nada.

—Nada. Sólo que me quieras á mí sola.

—A tí, sólo á tí.

En la garganta de Jacinta se ahogaron las palabras, y de ella se exhaló un sonido gutural, como rugido que quiere fingirse arrullo, como debe de ser en la madriguera del tigre, la voz con que la hembra arrulla á sus cachorros. Sus brazos gruesos y vigorosos rodearon mi cuello, y por un momento creí que me ahogaba.

—Estoy celosa.....dijo babeando y trémula; por eso te quiero más. Si no hubieras venido habría ido á buscarte.

Inclinó la cabeza; su mejilla ardiente se juntó á la mía, y con movimiento de gata mimada hizo resbalar su cuerpo entre mis brazos.

—¿Así te quiere la otra? me preguntó casi poniendo en mi cuello los encendidos labios.

—No, le contesté fogosamente ¡imposible! ¡Solo tú saber querer así!

Y al venir á mi mente la imagen de Remedios, la ví raquílica, pálida, sin atracti-

vos, y sentí....que no valía la pena de amargarme la vida.

Iba yo á decirlo, llevado de una ingenuidad infame; iba yo á declararlo á Jacinta como una demostración de mi exaltado amor y de mi sincero arrepentimiento, cuando la puerta se abrió, primero muy poco, como por mano de curioso imprudente, y en seguida por completo, dando paso á Joaquín que se lanzó á la escalera.

Jacinta se había desprendido de mis brazos al oír sonar el picaporte, y yo maquinalmente había descendido un peldaño, de suerte que hubo espacio bastante para que Joaquín se colocara entre los dos, que, azorados por la sorpresa, quedamos mudos é inmóviles en el primer instante.

El joven me reconoció y tuvo un ímpetu de cólera, que no podía ser en él más que pasajero relámpago; puesto que hay en la cólera algo de varonil y de noble.

—¿Qué haces aquí? preguntó fuera de sí á Jacinta.

—¡Y á tí qué!...replicó la Barbadillo, con valiente entono.

—Me importa, bien lo sabes.

—¡Vetel gritó ella ahogando la voz.

—Ven conmigo, repuso Joaquín.

Vuelto en mí, alcé la mano para agarrarle por la muñeca y obligarle á bajar, cuando á la negativa de Jacinta, Joaquín, empujándola hacia la puerta le dijo:

—Eres una.....

No acabó; porque la mano robusta de la hembra le cerró la boca con ruidoso bofetón, que hizo tambalear al canijo estudiante. Tras esto, Jacinta huyó hacia el interior de la casa; y yo, comprendiendo que el ruido había sido bastante fuerte para llegar á la sala, y que Jacinta tendría la habilidad de explicarlo satisfactoriamente, tomé por un brazo á Joaquín, le hice bajar en dos saltos, y en tres más ponerse conmigo en la calle y ganar la esquina.

Cuando jadeantes los dos por aquella violenta lucha nos detuvimos, Joaquín, más sofocado que yo, se apresuró á hablarme, aunque apenas lograba pronunciar tres sílabas de seguida,

—¿Pero... qué es ésto, Juanito? pudo preguntarme.

—Que es Ud. un grosero, contesté, sacudiéndole por la solapa como un varejón.

—¿Pues no la había dejado Ud? Si yo hubiera sabido..... He tenido amorés con ella; me quiere; es decir, me quería y así me lo dijo.

—¡Cállese Ud! grité con rabia. Esa mujer no puede querer á nadie más que á mí, sólo á mí. Miente Ud., y muy que miente; y si ella se lo dijo, mintió ella, por burlarse de Ud. Pero de todas maneras, Ud. la ha ofendido, y esto no quedará así. Para eso le he traído, para castigar su insolencia y satisfacer mi deseo de abofetearle.

Joaquín, sin alzar un dedo, con los brazos caídos y estrechándose con la pared, procuraba alejarse de mí. Pero yo, tomado de la cólera, le sujetaba fuertemente y seguía provocándole. Apenas articulaba él una que otra débil excusa, pero con tono más bien que humilde refunfuñón y uraño, como de quien se resuelve á dejarse abofetear, sin perder el derecho al rencor y á la venganza.

—Haga Ud. lo que quiera, me respondía; yo no he tenido la culpa.

Redondo le salvó; porque llegó á punto que yo iba á azotar la cara del cobarde muchacho.

—Pero, hijo mío, dijo Pedro, impuesto de lo ocurrido ¿qué diablos tiene Ud. que no le entran las cosas en la cabeza? Ya se convirtió Ud. en paladín de la trompuda esa. Pues sí, señor; Jacinta es eso que Joaquín dijo, y porque lo es la enamora Ud. ¿O está Ud. enamorado de ella de veras? ¡Pues vaya que tendría gracial

Se rió con todas sus ganas; habló más, burlándose de mi arranque quijotesco; volvió á reirse; Joaquín se hechó de carcajadas, y yo al fin, avergonzado de haber defendido á Jacinta, tuve que reirme para disimular mi vergüenza.

XV

Adelante.

Mi último artículo contra Don Mateo no apareció al siguiente día en *El Censor*, cuando esperaba yo leerle y releerle impreso, para saborear las lindezas que del famoso general decía, y satisfacer de algún modo la sed de venganza que me abrasaba y que sentía yo acrecentar cada vez que venían á mi mente las ideas y pensamientos que en vano trataba yo de desechar ó de ahogar en sensaciones fuertes.

Llamé á Claveque y le reclamé con enojo aquella falta; pero él se disculpó con el exceso de material, del que el regente de la imprenta tomó lo que quiso, y acabó de cal-

marme con ofrecirme que cuidaría de que no faltara en el próximo número tan precioso artículo. Me habló en seguida de la alegre comida del día anterior; recordó con admiración un brindis mío, lleno de elocuencia fogosa é inspirada, y por último me habló de Jacinta.

No se me quitaba de la cabeza la gorda Barbadillo desde que desperté, y sentía yo como necesidad de hablar de ella, miéntras podía ir á buscarla. Referí á Claveque lo ocurrido, aliviando la parte de exaltación mía que había sido causa de avergonzarme, y mas bien me pinté como calavera desalmado sin pudor ni respetos ningunos. Y mi compañero aplaudió con entusiasmo, me animó en la empresa y concluyó por repetir varias veces:

—Eso es hecho...

Contóme varias aventuras propias, excitándome á imitarle; y yo, á falta de otras reales, me ví necesitado á inventarlas, para no confesar mis buenas costumbres.

Al medio día, Redondo llegó á buscarme, y salimos para comer juntos en una fonda.

Traía una buena noticia en el pico de la lengua: baile en casa de las Valcuernos. Irían las *chalupas*, aquellas dos morenitas de la Plazuela del Arbol. La mayor *entraba* bien con Redondo; la otra *entraría* facilmente conmigo, la del lunar junto á la oreja, que siempre se estaba mordiendo los labios. Los españolitos y oficialetes que solían camelar á esas muchachas, no eran capaces de hacer una conquista en pocos días; pero yo, con buena verba en el baile, ir á dejarlas á su casa, y llevarles después un regalito... Ni cosa mas sencilla.

Animadísimo me puse; tomamos una botella entre los dos, que acabó de resolverme á todo, y por consejo de Redondo, para tener propicias á las Valcuernos, les mandé en seguida una cuota superior á la mayor que hubieran recibido.

En la noche era yo el niño mimado de los dos solteronas empecatadas, despertando la envidia de todos los concurrentes, incluso Muñoz y Sánchez que no faltaron. Joaquín estaba también allí, y aunque fingía

indiferencia, noté que estaba alejado de nosotros, uraño y con mala cara.

Bailamos hasta la hora del alba, en medio del desorden que era la esencia de aquellos tormentosos bailes. Los licores, malos, pero fuertes y abundantes, surtían sus terribles efectos; hubo los bofetones de costumbre; algún individuo lanzado de la sala rompió por la calle dos vidrios de las ventanas; se oyeron injurias, se concertaron desafíos; y yo, resueltamente protegido por las dueñas de la casa, bailé toda la noche con la *chalupa* menor, obtuve de ella grandes promesas, fui con Redondo á acompañar á la familia hasta su casa, y ofrecí para el siguiente día una pulserita de oro que ella había visto en algún escaparate.

A otro día yo busqué á Redondo y ambos concertamos un nuevo baile. Si los demás contribuyentes andaban tacaños, yo pondría de mi bolsa la parte necesaria. Fuimos á decirlo á las Valcuernos y á poco más se vuelven locas de alegría. Comimos con ellas, y yo pagué el vino que se mandó traer al tendajón de la esquina. Me elogia-

ron mucho, me aseguraron que tendría buen éxito la conquista, bebieron mucho, Redondo dió un abrazo á una de ellas, y la otra se propasó hasta decirme:

—Si yo fuera la Chalupita.....

El baile quedó concertado para el día siguiente, y Redondo y yo salimos de aquella casa ya entrada la noche, para ir á la Plaza del Arbol y dar á la Chalupita la pulsera por la ventana.

—Ahora Jacinta, dije á Redondo.

—¡Por supuesto! me contestó

Y á las nueve volví á la escalera de la casa de huéspedes.

Jacinta salió un momento no más, porque su padre estaba solo y ella temía una sorpresa. Llenó de injurias á Joaquín, me arañó la cara, y citándome para otra noche, huyó de repente, después de ofrecerme que haría lo que yo quisiera.

La precipitación de Jacinta no dió á Joaquín tiempo para retirarse, y al abrirse la puerta, apareció detras el flaco estudiante, que nos asechaba por una rendija.

Salí de allí repasando en mi memoria to-

das las palabras de Jacinta. Estaba resuelta á todo, á todo absolutamente: quería demostrar que nadie podía quererme como ella; y para conseguirlo, comenzaba por no exigirme ya nada de lo que ántes era para ella condición indispensable. También me había dicho que ella desbarataría todos los planes urdidos para vencerla. ¿Qué significaba esto? Era interesante saberlo, y Redondo podría darme la explicación, porque Jacinta había mentado su nombre en medio de aquel embolismo.

Redondo debía de andar otra vez por la Plazuela del Arbol, pues tenía cita con la *Chalupa grande*. Tomé el camino, trémulo todavía y agitado por los estrujones y el contacto de la Barbadillo, cuyo cuerpo me parecía sentir aún recargado sobre mi pecho. La noche era oscura; pocos transeuntes interrumpían con el ruido de sus pasos el silencio que reinaba en las sucias calles del barrio, y uno que otro guardian del orden descansaba en el hueco de una puerta al lado de la linternilla de miserable luz. Para no ser indiscreto, me detuve á regular dis-

tancia de las ventanas de las Chalupas; pero no ví á nadie, y fui acercándome hasta llegar á la puerta de la casa de vecindad. No estaba enteramente cerrada, y sospechando que Redondo estaría dentro, volví sobre mis pasos y me detuve en la esquina inmediata.

No tuve que esperar mucho tiempo. A poco ví salir de la casa á un hombre con precipitación, y escurrirse por la pared hacia mí. Era Redondo, que al pasar me reconoció y me dijo:

—¡Vámonos!

Y apenas vuelta la esquina, echó á correr, obligándome á imitarle. Detúvose, cuando creyó salvado el peligro, y me explicó lo que había pasado. Había hecho amistades con un vecino de la casa, y por este medio logró platicar con la Chalupa á su sabor; ella estaba resuelta á fugarse de la casa paterna, y eso exigía precisamente. Trataba Redondo de arreglar la manera de hacerlo, cuando el padre de la muchacha salió á la puerta de su habitación buscando á su hija; la cual en el momento en que hablábamos

debía de estar recibiendo unas dos docenas de coces del viejo. Redondo había procurado solamente no ser conocido por él, y creía haberlo conseguido.

—Mañana, me dijo, arreglaré con ella en el baile la manera de llevármela de su casa. ¡Si Ud. se llevara á la otra!

Un escalofrío sacudió mi cuerpo, al concebir una idea que tuve miedo de expresar.

—Y si.....

—¿Y si qué? preguntó Pedro.

Vacilé un instante, y dije venciendo el miedo que me causaba la idea:

—¿Y si me llevo á Jacinta?

—¡A Jacinta! ¡Soberbio, hombre, soberbio! ¿Consentirá?

—Consiente en todo.

—¿Habló Ud. con ella?

—Acaba de decírmelo.

—Pues ni dudar. Lo arreglarémos. Vea Ud.: todo junto no puede ser, porque necesitamos ayudarnos recíprocamente. Primero Jacinta, que es más difícil. Yo entretengo al viejo, y Ud. se la lleva..... verémos dónde. ¿Tiene Ud. dinero?...¿No?... pues con-

sígalo, que para Ud. es fácil. Para comodidad, un coche en la esquina de Corchero; yo me encargo de eso, antes de entrar á la casa. Después vendrémos por la otra, valiéndonos de un medio parecido, aunque como aquí hay más libertad, no es necesario entretener á nadie.

Temblaba yo al oír á Redondo, como si estuviéramos en aquel instante ejecutando la acción; pero el programa me seducía y no me sentía yo incapaz de rechazarle.

Ante todo, era preciso que yo propusiera la fuga á Jacinta; que la obligara á consentir, y concertara con ella el día y hora en que había de ponerse por obra. Hablamos larga y animadamente, y en el curso de la conversación supe que Redondo había dicho á Jacinta que *la otra*, sabiendo que yo seguía enamorado de aquella, trataba de obligarme á apresurar el casamiento á que yo estaba comprometido, para lo cual se valía de mi caballerosidad y abusaba de mi nobleza de corazón. Y conocido por Redondo el efecto que causaban en Jacinta estas invenciones, propúsose que al día siguiente

insistiría en decir más, mucho más á la Barbado, para ponerla más rabiosa y capaz del mayor despropósito.

Al día siguiente, Redondo se metía de rondón hasta mi alcoba, para despertarme y exigirme la cuota, que ya esperaban las Valcuernos, para alistar la sala y apercebir licores y pastelillos. La hora del despertar es hora de la remisión de todas las fiebres morales, y quizá me habría sido provechosa; pero Redondo combatió el saludable efecto del sueño y el reposo, con sólo recordarme á Jacinta y á la Chalupa, y pintar con vivos colores el buen éxito de las dos conquistas.

Vestíme á la carrera, mirándome al espejo con cierta complacencia de buen mozo, y vacié después mis bolsas en manos de Redondo, que todavía creyó que no era la cantidad ofrecida lo bastante para quedar enteramente bien. Estábamos todavía lejos de la fecha en que Albar hacía sus pagos, y yo no tenía una peseta en el bolsillo.

Salió Redondo, pero mi imaginación quedaba hecha un horno que yo sólo me encar-

gaba de atizar. Claveque escribía en su mesa con precipitación, porque faltaba material para el número del día siguiente; y yo no fui á ayudarle, porque no tenía gana de trabajar, y sabía que á mi compañero no le faltaba nunca asunto de interés para llenar el periódico. Me limité á recomendarle con insistencia que no quedara olvidado otra vez mi artículo contra Don Mateo.

A las doce Redondo estaba otra vez en la redacción. ¿Quién comía en casa en día de baile? Era preciso ir á una buena fonda y beber algo fino, para anticipar las alegrías. Y que teníamos que concertar nuestros planes.

En efecto, yo también deseaba vivamente ir á una fonda; pero... la verdad, no tenía yo un centavo. Redondo se echó á reír. ¿Había cosa más fácil que pedir prestado á Claveque? Me resistí; insistió, no contesté. Entonces Redondo se lo dijo á Claveque y éste, abriendo la gaveta sacó un rollo y me lo entregó.

—Le hará falta, dije yo sin tomar el dinero

—¡Qué falta! contestó Claveque. Mire Ud. Y abriendo más, puso á mi vista diez ó quince rollos iguales.

—Teme Ud. más, me dijo, poniendo otro sobre la mesa.

—Está bien, repliqué, se lo devolveré dentro de ocho días.

—No, señor; contestó Claveque, este dinero es de Ud. también. Tome Ud. de aquí lo que necesite

—No puede ser.

—Si puede; es el valor del primer trimestre de anuncios, que nos corresponde. Es de Ud. tanto como mío.

Grande alegría tuve con la noticia. Tomé sin escrúpulo el dinero y salí con Redondo. Mandamos de camino un recado á Muñoz, y los tres comimos y bebimos de lo más caro en el mejor café que encontramos.

Llegó la noche y el desenfreno fué mayor que nunca en la calle de Los Migueles...

Quando á las seis de la mañana, era yo conducido á mi casa entre dos amigos improvisados, Claveque se acababa de levantar y se rió maliciosamente al ver mi descompuesto semblante.

XVI

Biografía.

—Soy amigo del periodismo, pero de este periodismo...

—De combate.

—Sí, señor; del de combate. Los soporíferos diarios gobiernistas, me revientan; los serios de oposición que pretende tomar el título de razonada, me aburren. Por eso estoy satisfecho de mi compañero...

—Claveque.

—Claveque. Es escritor...

—Mordaz, muy mordaz.

—Y...

—Chispeante y valiente.

Por supuesto que el que de este modo me

interrumpía era el Sr. Don Javier Escorroza; á quien sufría yo desde hacía media hora, gracias á que no perdonaba medio para halagarme, prodigándome los piropos más extraños en su boca de envidioso vencido.

Media hora llevábamos de conversación, entados frente á frente en la redacción de *El Censor*; y si bien su visita me pareció muy extraña al principio, la encontré después agradable, porque el hipócrita surcador de editoriales, había buscado con tino la manera de tenerme contento y propicio á sus fines. Cuanto era de mi agrado le agradaba á él; lo que yo tenía por malo él lo encontraba infame; y jamás en el mundo hubo mayor conformidad de pareceres, ni sentimientos que con mejor acuerdo caminasen.

¡Oh! ¡Claveque! Ya lo creo. Era un muchacho de privilegiada inteligencia, de dotes relevantísimas como amigo, como caballero, como ciudadano, y, sobre todo, como periodista.

—¿De dónde cree Ud. que procede Claveque? No se figure Ud. que acaba de salir de las aulas, ni de un establecimiento de co-

mercio siquiera. Si así fuera, sería una notabilidad extraordinaria. Vino de su tierra, en donde según un paisano suyo me contó, se ganaba la vida barriendo las calles frente á las tiendas y los edificios del Gobierno. Sí, señor, barriendo. Allí le pasó no sé que percance, y se vino para acá, á esta capital, en donde un empleado de la Tesorería general, su paisano, le consiguió una colocacioncita en una casa de juego. Hace tres años le ví yo en esa casa, porque solía yo ir allí, por vía de estudio de ese cáncer social, de ese asqueroso cáncer. He sabido que después fué pacotillero; pero tuvo algún quebranto en su pequeña negociación, y un comerciante que le protegía anduvo con él en pleitos, de los que resultó que el pobre de Claveque fuera á dar á la cárcel, contra toda ley divina y humana; porque en realidad, que yo sé muy bien, el llamado protector se quedó con algo de nuestro amigo.

Extendió Escorroza la vindicación de Braulio con grande amplitud y argumentación concluyente, persuadiéndome que era

puro y honrado; y reanudando el hilo de la historia continuó:

—Después perteneció á la policía; pero no crea Ud. que fué un policía cualquiera. No, señor; era lo más distinguido de la policía secreta, y si hubiera justicia entre nosotros, debiera haber sido nombrado algo muy bueno en ese ramo; porque era lo más astuto, listo y audaz que se conoce. De allí le viene ese gran conocimiento que todos admiramos, de la vida privada de las personas más notables. Para eso de averiguar lo que pasa en el interior de una casa ó en un callejón sin salida, no hay como el amigo Claveque: es una verdadera especialidad. ¿Ya oye Ud. esto? Pues fué destituido; y todo porque no se prestaba para ciertos manejos; porque, eso sí: el amigo Claveque es incapaz de apartarse del camino recto.

Tomó Escorroza el aliento necesario y prosiguió:

—Entonces fundó un periodiquinde una cuarta de largo; pero con tal arte, que del periodiquín comía, y después hasta bebía y se regalaba. Dejó ese periódico para fundar

otro, que no tuvo menos fortuna; luego otro y otro más, y siempre lo mismo; porque tiene manera especial de hacer las cosas, y siempre un papelucho cualquiera se acredita en sus manos extraordinariamente. Lleva de ser periodista cosa de dos años, y durante todo ese tiempo le he visto bien puesto, bien arreglado.

La biografía no me pareció muy honrosa; pero la verdad es que tampoco vergonzosa para Claveque. ¡Cualquiera puede verse en la necesidad de desempeñar ciertos servicios, si no tiene otro medio de subsistir! Y desde que Claveque fué periodista, nada había que decir, si no era en su elogio.

Y por cierto que tan alto era éste, que me ví en el caso de rebajarle un poco.

Sí; Claveque tenía chispa y gracia; pero no había que sacarle de allí, porque desbarataba lamentablemente. En asuntos judiciales de alguna importancia, que solía tocar *El Censor*, siempre defendía la injusticia. En el último número, precisamente, sostenía con vigor la causa de un tutor que había dejado en la calle al pupilo. En cuanto á sus noti-

cias, casi siempre eran dudosas ó resultaban á la postre falsas; pues en cada número se veía en el compromiso de desmentir lo dicho en el anterior. Y sucedía con la mayor frecuencia, que eso lo sabía yo cuando ya estaba impreso y aún circulando el periódico.

Escorroza me escuchaba, aprobando cada una de mis afirmaciones, y adelantándose las palabras con su acostumbrada impertinencia, mientras se subía hasta el entrecejo los movibles anteojos. Supongo que se estaba riendo de mí interiormente, y que gozaba con ello.

Con arte fué conduciendo Escorroza la conversación, hasta el punto que le importaba; pero tenía, sin embargo, cierto embarazo, que fuí notando al fin, y que me dió á entender que llevaba algún asunto escondido para soltarle á lo mejor.

¡Diablo, y que duro le habíamos dado al General Cabezudo! Cierto que para ello me había concedido libertad absoluta el Sr. Don Pablo: pero ya era demasiado para el pobre General. Además, no dejaba de ser incon-

veniente, porque según parecía, estaba muy abocado al Ministerio de Guerra. Era también muy buen amigo de Don Pablito, y ya tenía conocimiento de que *El Censor* dependía en cierto modo de Albar y Gómez. Y Albar estaba mortificado, muy mortificado.

Fuí exasperándome poco á poco, al adivinar el punto á que Escorroza encaminaba la conversación, é interrumpiéndole con impaciencia, cuando ampliaba con interminables explicaciones lo de la mortificación de Albar,

—Es Ud., le dije, por lo que veo, un nuevo abogado que Don Mateo manda para hacerme callar...

—No, Juanito; replicó el vejete con sonrisa olímpica; vengo enviado por Don Pablito, para decirle á Ud. que no quiere que siga el periódico atacando á un excelente sujeto, como es el Sr. General Cabezudo.

—¡Cómo está eso! exclamé levantándome.

Escorroza se levantó los anteojos dos veces seguidas, y con aire de humillante paternidad me dijo:

—No se irrite Ud., no se irrite Ud. El pe-

riódico puede continuar; yo le respondo á Ud. de que Don Pablito no le retirará su protección; pero tomen á cargo á otras personas, que las hay muy buenas y ya Uds. las conocen.

El inesperado golpe me aturdió de pronto, y no supe qué contestar; pues las últimas palabras de Escorroza demostraban una determinación ya adoptada por Albar, para el caso de desobediencia. Pero en seguida la cólera y la altivez de mi carácter me desataron la lengua.

—¿Y á mí qué me importa la protección de Albar? dije en voz alta. Más le ha valido á él mi pluma, que á mí sus favores; que ningunos son, puesto que no hace más que pagarme mi trabajo. No cedo un punto; á mí me toca imponer condiciones y no á él: ó continúo con la misma libertad que hasta ahora he tenido, ó que busque Albar quien sepa dirigir *El Censor* mejor que yo. Cualquiera periódico de mayor importancia me acepta, me desea en su redacción, y no me ofrecerá el miserable sueldo que recibo de Albar.

—Calma, Juanito, calma; replicó Escorroza; ya me sabía que iba Ud. á decirme eso, y vengo autorizado para explicarle á Ud. ese punto. En cualquiera redacción, si le toca á Ud. la fortuna de ser admitido, le pagarán á Ud. veinte ó treinta pesos al mes.

La cólera y la risa hicieron un baturrillo dentro de mí, y lancé una carcajada insultante.

—No se ría Ud., dijo Escorroza.

—¡Cómo no; hombre, cómo no!

—¡Es decir que el Sr. Albar es tan espléndido protector mío, que me da cien pesos por hacerme el favor!

—No tanto. En primer lugar, él sabe todo el provecho que se puede sacar de Ud., sabiéndolo emplear; y luego, que no es él quien le paga á Ud., sino el Gobierno.

—¿El Gobierno? repuse con extrañeza.

—Sí, señor; porque en la composición que Albar tuvo con él, cuando se cambió *El Cuarto Poder*, se le concedió un empleo para que el redactor que escribía los más fuertes artículos quedara contento; es decir, para Ud. Pero como á Don Pablo le había ocurrido fundar con Ud. *El Censor*, no quiso dar el

nombre de Ud., y dió el mío. De modo que yo aparezco en las nóminas y Ud. toma el sueldo, que no hace más que pasar por mis manos.

Yo estaba aterrado y dí lentamente dos pasos atrás.

—Eso á mí no me importa, añadió Escorroza, porque en ese empleo no se hace nada. Es de inspector de no sé qué; creo que de letreros y muestras.

—¡Es decir, exclamé aterrado, que me mantiene el mismo gobierno á quien yo ataco sin cesar! ¡Es decir que soy yo un canalla como Ud., y Albar!

—Pero hombre..... tartamudeó Escorroza poniendose en pié y retrocediendo al notar mi exaltación.

—Sí, dije dando un paso hacia él; tan canalla como Ud; porque Ud., lo es tanto como el otro!

—Calma, Señor Quiñones; no veo que esto sea motivo de que Vd., me insulte.....

—¡Miente Ud! grité, cambiando súbitamente de idea. Esa no es más que una patraña inventada por los dos para envilecer-

me y acorralarme, creyendo que por ese medio cederé á sus proposiciones.

—Señor Don Juan.....

—Vaya Ud., y diga á Albar, que continuaré atacando á Don Mateo, y que *El Censor* no necesita de él para subsistir. Que miente él, y que Ud. también miente en su nombre; que yo estoy cierto de que él, para aprovecharse de mi pluma, me ha dado esa miserable remuneración, y que el periódico queda en mis manos, con lo cual y sin las restricciones que él me ha impuesto, se levantará á la altura á que soy capaz de levantarle:

Escorroza, retrocediendo mientras yo, habiéndole avanzaba, fué ganando la puerta. Estaba pálido, se alzaba los anteojos con frecuencia y precipitación y balbuceaba palabras que no pude oír. Al fin logró llegar al corredor. Al volver la espalda para buscar la escalera, avancé hasta el umbral, y deteniéndome allí, le grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Dígale también que es un canalla! ¡un canalla como Ud!.....

XVII

Percances del oficio.

Paseábame á lo largo del cuarto de redacción, haciendo cálculos sobre el número de suscritores y ventas eventuales de *El Censor*, de lo cual apenas si tenía alguna noticia; me detenía á veces junto á una mesa para hacer en la orilla de un periódico sumas y restas, ya añadiendo el precio de los anuncios, ya deduciendo el costo del periódico, sin conocer los guarismos con exactitud; y mi cabeza se ponía en tanto como una fragua.

¿Es tanto lo del papel? pues quiero suponer que sea el doble. ¿Es tanto lo que producen los anuncios? pues que sean los dos tercios. Ahí está la gaveta de Cuelaveq. Co-

sa de quince rollos de á veinticinco son trescientos setenta y cinco. Vamos; número redondo, trescientos. Cien mensuales. De suscripciones, (que hay lo menos dos mil; pero que apunto en mil quinientos), son setecientos cincuenta pesos. Eventuales..... cuando menos. No pueden bajar de mill Pero, vaya, que sea la mitad: quinientos; que salen á peso mensual. Rebajo más: que sean cuatrocientos pesos. Total: mil doscientos cincuenta pesos. ¿Y qué puede costar? Cuando yo contraté nos ajustamos por..... creo que por trescientos. Hoy cuesta algo más por que se agrandó. Serán cuatrocientos; y entonces, Albar se gana ocho. Aun descontando mi sueldo y el de Claveque, Albar está haciendo un gran negocio.

Una criada llegó á interrumpirme. Era la de Felicia, que el día anterior me había dejado una cartita de la joven, en la cual ésta me llamaba con urgencia. Abrí la que de nuevo me llevaba y leí. Felicia insistía en rogarme que fuera á verla; y añadía estas palabras: «Mira que me urge mucho hablar contigo, porque sé que has vuelto á entrar

en el mal camino de antes». Me causó el recado cierta vergüenza inevitable, y esto mismo me irritó, como nos irrita frecuentemente el reproche que nos humilla por su rectitud y su justicia. Una idea cruzó por mi mente.

—¿Quién está con ella? pregunté.

—El Sr. Don Mateo y la señora.

—Pues dile que arregle su casamiento, y que no se meta conmigo.

El nombre de Don Mateo, que yo buscaba al preguntar, me encendió en cólera; rompí el papel, arrojé al suelo los pedazos, y dije á la criada con imperiosa voz:

—¡Vetel!

Salió asustada la mujer, y entonces parecía que Don Mateo espoleaba mi imaginación para hacer cálculos. Con los rollos de Clave que podíamos hacer frente á la publicación, Como principal, me cabría á mi la mayor parte, que por lo bajo estimaba yo en quinientos pesos, dando á mi compañero un sueldo que ni soñado, y mucha libertad, amplísima libertad para zurrarle al mundo entero. ¡Entonces vería el señor General, cómo se

hila delgadito! No le quedaría hueso sano; yo me encargaba de volverle loco.

Cuando Felicia se presentaba en mi imaginación con su carita sonriente y traviesa, ó bien con lágrimas en los ojos, me daba un salto el corazón, y por eso mismo la ahuyentaba con enojo, y llamaba en mi auxilio la cara redonda, moftetuda y sensual de Jacinta. Remedios..... ¡quita allá!..... Esta noche iré al Puente de Monzón, para concertar la fuga. ¡Qué sociedad, ni qué escrúpulos de monja! ¡Sociedad de prostituidos y meretrices, que hace escándalo de lo que vé y no de lo que hace! Remedios... ¡fuera! ¿Y la Chalupita? La verdad que es mejor que la hija de Barbadillo; pero esta tiene no sé qué..... Un arañón, un estrujón de mano de Jacinta, una injuria de su bocota abultada y roja, valen una docena de Chalupas. Pero, sin embargo, no dejaré á la de Arbol, Mejor que una sola, son las dos,

Las dos, y quinientos pesos, y libertad absoluta..... Y mi cabeza ardiendo, cuando Redondo subió á todo correr la escalera, y entró en la redacción, haciendo un gesto